

**Discurso de contestación al de Ingreso
de D. Joaquín Criado Costa en la Real
Academia de Córdoba.**

Por J. Manuel CUENCA TORIBIO

Casi sin solución de continuidad desde que tuviera el privilegio de presentarme ante ustedes con motivo de mi ingreso en esta ya entrañada Corporación vuelvo a dirigirles mi palabra al hilo de una ocasión jubilosa, personal y también, estoy seguro, institucionalmente. El Dr. Joaquín Criado Costa se halla indesligablemente unido a avatares decisivos de mi vida universitaria cordobesa, en la que he tenido múltiples oportunidades de comprobar las calidades de su espíritu y enriquecerme con su ejemplar cumplimiento de unos deberes intelectuales que, contra la corriente del tiempo, no han disminuído, su número, al chocar con la coriácea resistencia de frivolidad y del «sálvese quien pueda», antes bien, se han multiplicado merced a un envidiable amor por la que antaño denominábamos Alma Mater. Con tembloroso entusiasmo el nuevo académico oficia diariamente ante el altar de la eficacia, al margen de meteorologías políticas o de vendavales docentes, justificadores muchas veces de escepticismos paralizantes o de cómodas ascensiones etéreas.

Afortunadamente esta Casa se halla insuperablemente rectorada y administrada; mas aún así, albergo la idea de que el sentido de la organización, el meticoloso cumplimiento de las normas y el ensanchamiento de las avenidas que conectan al pujante fluir de la existencia de nuestra institución con los anhelos, las exigencias, esperanzas y necesidades de una sociedad situada en los umbrales de una mutación histórica coperni-

cana se beneficiarán grandemente de la incorporación de un hombre en el que el trabajo es soplo vivificador y tranquilizante. El apotegma en el que los clásicos veían el nervio esencial del progreso humano, la mezcla sabia y dosificada de *nova et vetera*, debe de continuar siendo la estrella polar del caminar de los organismos científicos que, al renunciar a oportunismos, a chabacanerías e iconoclastias, tendrán que seguir ofreciéndose como espejo vivo de apertura mental y culto a la tradición. Para ello nada mejor que integrar en sus filas personas como la de nuestro académico, en las que la juventud se encuentre oreada por las brisas de la prudencia y el ejercicio de labores silenciosas, pero trascendentes e insustituibles.

Mas, naturalmente, la entrada en esta corporación del Dr. Joaquín Criado Costa no se fundamenta ni se explica por las tareas mencionadas, sino por el cultivo asiduo y notorio de una parcela de la cultura tan básica como la historia literaria. Con diversos trabajos de radio más general, como son sus estudios concernientes a figuras señeras de nuestra Edad de Oro o de las letras contemporáneas, sus aportaciones sobre Antonio Fernández Grilo o acerca del propio Manuel Reina en torno al cual ha versado el excelente discurso que acabamos de degustar, ha diseñado, decía, el mapa de un fenómeno clave en la poética de nuestro más inmediato ayer como es el del modernismo.

En proa siempre de las más audaces navegaciones literarias Juan de Mena, Góngora, Duque de Rivas, grupo Cántico... Córdoba ocupó también un lugar preferente en la presentación ante el público español del modernismo. Juicios tan destacados por su agudeza, autoridad e independencia como los de Juan Ramón Jiménez, Salinas o, en fecha última, Guillermo Díaz-Plaja, coinciden en otorgar a los vates analizados con escrupulosidad por el profesor Criado Costa el lugar de pioneros al tiempo que eximios representantes del movimiento literario que adquiriera caracteres de refulgencia en la musa rubendariana (1). Sería tentador escrutar

1) **La Infinita corriente**. Madrid, 1961, 36. **Culturalismo y creación poética**. Madrid, 1972, 58-70. El autor rectifica en esta obra sus juicios más restrictivos y menos elogiosos sobre Reina expuestos en una importante obra anterior, en la que el molde conceptual y clasificatorio en que se vierte la obra del vate de **Andantes y Alegros** es el del premodernismo. DIAZ-PLAJA, G., **Modernismo frente a noventa y ocho. Una introducción a la literatura española del siglo XX**. Madrid, 1951, 276-80.

por los pliegues de esa tan desconocida historia de la Córdoba decimonónica la razón por la cual una provincia que yacía en una acusada somnolencia dentro de un contexto regional muy deprimido, se convirtió en la bandera de un capítulo renovador y casi revolucionario de la literatura hispana; pero, aparte de la falta de títulos científicos para acometer la aventura, de quien os habla, ello implicaría un tiempo y una oportunidad de los que en este momento carecemos.

Sin duda, «el espíritu sopla donde quiere»; sobre todo, en el campo de la inspiración artística y en el Olimpo poético; no obstante, los imbuídos por los métodos estructuralistas que tan despótica dictadura —y por ello roma en ocasiones— ejercen hoy en el campo de las ciencias sociales, los espoleados por la sorda —y a veces estimulante— presión del marxismo, nos resistimos a creer que, incluso en el mundo más libre y espontáneo como es el pimpleo, puedan darse fenómenos que no correspondan a un talante general de los espíritus, propiciado, cuando no condicionado, por causas socioeconómicas. ¿Obedeció, tal vez, el numen modernista a un escapismo que quería transmutar en irisaciones suntuarias, en esplendores de la carne y de la estética la cotidianidad lóbrega y pesarosa de los decenios finiseculares ochocentistas? Aunque algunos hayan comenzado ya a romper lanzas por la reivindicación social en la obra y en las actividades de varias figuras del modernismo arraigadas transitoria o permanentemente en el suelo de la acracia, la desatención a las inquietudes y deseos del Juan español de la época es evidente en una extensa porción de los exponentes del género y de las corrientes a que ahora hacemos referencia (2).

- 2) En cualquier caso observaciones acerca de la identidad de acracia y modernismo de uno de sus últimos estudiosos nos parece un tanto simple: "Este caso plantea la cuestión enormemente compleja del deslinde —siempre tenue— entre arte y sociedad, literatura y política. La confusión se intensifica aún más en la época moderna. Los movimientos anarquista y modernista responden a un momento histórico y a las mismas circunstancias culturales. El ambiente socio-político de principios de siglo, tampoco muy estudiado, implica necesariamente un nexo lógico (o subconsciente) —un *Weltanschauung* común— entre estos dos fenómenos. El anarquismo, doctrina política bastante difundida por aquel entonces, representa una actitud hacia la cultura en general entendiendo por "política" más que simplemente la economía y la estructura dirigente de la sociedad. El modernismo hispánico y los movimientos correspondientes de otros países (el prerrafaelismo, el *art nouveau*, etc.) parten de las mismas inquietudes culturales". GEIST, A. L., *Colaboraciones de Rubén Darío en revistas anarquistas francesas* en "La crisis de fin de siglo: ideología y literatura". Barcelona, 1974, 222.

Al menos su plasmación cordobesa lo corrobora casi rotundamente. Pese a que él no había sido precisamente un ejemplo de lo contrario, un hombre tan lúcido como Valera acertó a verlo en el derrumbamiento de su cuajada existencia. Una Córdoba precapitalista, recorrida frecuentemente por los espectros de la miseria más atroz y de la violencia más desatada se erigía en foco alumbrador de una regeneración literaria a primera vista artificial ¿Se dio en ella la asincronía típica de muchas épocas de la cultura española, en las que auge intelectual y desarrollo material marcharon desacompasadamente? ¿Voló a la altura del genio el estro de Manuel Reina?. Creemos que ninguna de las situaciones apuntadas pueden constatarse en la Córdoba del último tercio del XIX y en su más renombrado poeta. El Parnaso cordobés de dichas décadas estuvo poblado de personalidades de segunda fila al paso que el desastrado final de la prometidora botadura de su primera Universidad patentiza el raquitismo del medio social en el que se proyecta la vida del espíritu. (3) El premodernismo de Fernández Grilo y los serondos frutos del movimiento que pueden entrojarse de la ópima cosecha del vate pontanense tuvieron como raíz la intuición, el instinto artístico —compatible con una musa mediocre— en el ejemplo de Fernández Grilo y en el de Reina, una porosidad intelectual muy destacada, sensible en especial a las ondas parisinas, recibidas madrugadora y calurosamente por el autor del **Jardín de los poetas**.

El caso de Reina es tanto más extraño por cuanto su verdadera vocación fue seguramente la política. La política de la restauración, para mayor sorpresa... Es decir, política de lodazal, más proclive, en el mejor de los supuestos, al planteamiento alicorto y a la explotación del hombre que a la entrega de un ideal vitalizador y cuasi místico, sin el cual todos los negocios de la polis prontamente se corrompen. Este fue el mundo en que el rico hacendado pontanés se desenvolvió con agilidad y destreza. Convertido en cacique sagastino de la campaña cordobesa, su sinecura parlamentaria se mantuvo inconvencible al abrigo de esa docilidad y fidelidad electoral que ha detectado el último estudioso de la plasmación andaluza del turnismo conovista como una de las características esenciales que en el Sur tuvo la dinámica de los partidos (4). Sin embargo, por primera vez,

3) ARANDA DONCEL, J., **La Universidad libre de Córdoba (1870-1874)**. Córdoba, 1974.

4) TUSELL GOMEZ, J., **Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)**. Barcelona, 1976.

sus estrofas quizás expresaron una convicción personal al afirmar en su esplendente soneto a Horacio:

«Por tí yo desdeñé pompas y honores
y soy feliz con mi existencia oscura
entre pájaros, árboles y flores».

Algunas peripecias de su actividad pública parecen confirmar este despego de los **idola mundi** y su íntima afección al reino de Apolo. Aunque en su rechazo del gobierno civil de su provincia natal pudieran haber intervenido factores de estrategia e incluso de rentabilidad política a corto plazo, no hay empero, razones fundadas para atribuir esta renuncia a motivos al margen de su propia voluntad, obediente en tal extremo a los resortes más profundos de su alma. Pese a lo cual no debe olvidarse que si bien en todo político de raza el afán de notoriedad y el deseo de escalar las cumbres públicas son consustanciales a su vocación, en la España de la monarquía de Sagunto cabe formar un amplio haz de diputados y senadores en los que el binomio letras-actividad pública nunca llegó a romperse en beneficio de uno de los términos. Muy probablemente tal fue el caso del mejor de nuestros parnasianos. Acaudalado, benevolente, acaso escrupuloso en algunas materias, quizás estableciera en su existencia una armónica conciliación del **aurea mediocritas** política con la exaltación de su fantasía lírica o, tal vez mejor, careciera de la espuela de la legítima ambición que le catapultase a emprender empresas públicas de algún calado.

Empero, todo esto pertenece a un plano de intimidad personal al que aún no podemos acceder por falta de detenidas investigaciones sobre dicha vertiente del autor de **Cromos y acuarelas** así como el desierto que todavía es el análisis de múltiples áreas de la mecánica canovista en Córdoba y su provincia. Si hemos aludido a ello ha sido tan sólo para que no se nos tache de apresurado impartidor de famas o sombras públicas, sobre todo, respecto a un ambiente y a un período como los de la Restauración que ha soportado casi por espacio de media centuria los epítetos denigrativos más abundantes e inmisericordes. Aunque cercada, como siempre, por todas las sirtes de la inmoralidad, la vida pública de dicho período poseyó ofiçiantes de más alto valor moral e intachable conducta. En esa Andalucía que costumbristas y críticos han pintado como el albañal de los vicios que corroyeron la máquina canovista, también soplaron vientos oxi-

genantes sobre posturas e intenciones de los integrantes y usufructuadores del **Establishment**. El cultivo de la «poesía pura», típico de los modernistas, pudo compatibilizarse con una actividad política impoluta. Seguramente no quepa incluir en este supuesto el eximio lírico que nos ocupa en este momento, pero en cualquier caso la probable antinomia no fue específica de la Restauración. (5)

Mas, en fin, embridemos nuestro precipitado corcel y no penetremos **d'un cœur léger** en un tema que, repetimos, no es de **hic locus**, al paso que requiere la pluma más nutrida de saber que la que estas líneas pergeña. Ya es bastante, con haber servido de introductor de embajadores a la presencia —ojalá que por dilatados años— en nuestras filas de un hombre cuya actuación en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba redundará en un acrecentamiento de su prestigio intelectual y científico y en un reforzamiento de los lazos de cordialidad, que, por encima de naturales y necesarias discrepancias, unen a la mayoría de sus miembros.

Todos, sin embargo, empeñados en el noble afán de lograr que para la sociedad española la cultura no sea ocupación secundaria, ese elemento de ornato que en el mejor de los casos las élites de los países subdesarrollados conceden al mundo de la inteligencia. La energía anímica también puede, y debe, convertirse en elemento motriz de la vida de los pueblos. Que el nuevo académico ponga su sillar en esta ilusionada empresa es el voto esperanzado de quien en este momento termina de hablaros, no sin agradecer antes vuestra benévola atención.

5) Es sorprendente que ninguno de los trabajos, incluso el muy agudo y valioso de FERRERES, R., incluídos en la muy mediocre recopilación de LIVAK, L., **El Modernismo**. Madrid, 1975, aborde este tema.